

Se determinó que al día siguiente pasaríamos el canal.

A las seis de la mañana comenzó la maniobra. A las seis y media una batería de máquinas fotográficas estaba resuelta a llevarse el canal en un montón de rollos para el recuerdo y el pavoneo, que todo es humanidad. Desde el puerto de Colón embocamos el acceso natural de la orgullosa obra.

La circulación a través de las esclusas es doble. Una flecha roja indica la dirección que el barco debe tomar. Por allí pueden pasar todos los barcos del mundo, con excepción de cinco: el «Franklin D. Roosevelt», el «Coral Sea» y el «Midway», los tres de la Armada norteamericana y de unas cuarenta y cinco mil toneladas, y los dos «Queen's» británicos.

Casi sin darnos cuenta remontamos las tres esclusas para entrar de lleno en el lago de Gatún, inventado, o mejor dicho, modificado con la ayuda de las aguas del río Chagres, cuya economía hidráulica es la que llena las esclusas, desplomándose desde el lago.

Para empezar, el Pacífico decidió demostrarnos que el nombre no hace a la cosa. El 5 de octubre atravesamos el canal. Ya esa noche, a unas horas de Balboa, comenzamos a notar frío. Al día siguiente se inició el baile, sin que por eso la temperatura se dignase mejorar.

A las cero treinta del día 8 de octubre pasamos la línea ecuatorial. Nadie lo hubiera dicho. De la temperatura agobiante y feliz del Caribe no quedaba ni rastro.

## FERIA DE OCTUBRE EN LIMA

Desde tierra comenzaron a llover mensajes; en esto notábamos la proximidad del desembarco. Vicky Eiroa y Elvira Hernández nos habían precedido por vía aérea.

Veía surgir de las bodegas, como Venus de las aguas, los clásicos cestos de equipaje, y se abrían las tapas de mimbre y brotaban a cataratas los hermosos vestidos de mozas y señoritas, los severos corpiños, las faldas alegres, las enaguas crujientes, los pañuelos de gaitería, los abalorios fantásticos, los zapatitos del baile, las alpargatas del salto, las albanegas graciosas, el «mantello» de la Dama de Elche y el rebocillo picarón y alado. Los jefes de grupo repasaban los trajes con el orgullo de un comandante que revisa a su batallón. Comenzaron las tareas de la aguja y la plancha. Un vistazo a los pasillos del gineceo —por supuesto, desde los límites de la provincia— basta para darse cuenta de que un mundo nuevo llamaba a las puertas de los camarotes. En los pasamanos, agostados, tronchados por la cintura, descansaban, repulidos ya, los trajes de la danzante conquista de América.

Hacia las dos de la madrugada del día 11 de octubre el «tele» recogió la orden de recalada en Chimbote. Serían las dos de la tarde cuando lo avistamos. Para las tres y cuarto ya estaba yo dándole a la máquina de escribir en el puente de mando, desierto.

Uno de los oficiales del jefe marítimo de Chimbote, me decía:

—Este es el primer barco español que toca en Chimbote desde el tiempo de los veleros.

Las calles de Chimbote estaban exornadas con banderas.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Ayer fué la fiesta china. Tenemos aquí una abundante colonia china.

Daba gusto estar en un país taurino. Hablábamos de toros, de las corridas de Lima, de fútbol.

Cenábamos ya, cuando oímos alegres vo-